

# EL AMIGO DEL PUEBLO;

PERIODICO LITERARIO Y POLITICO.

(1.<sup>o</sup> SEMESTRE.) LIMA, SABADO 18 DE ABRIL DE 1840. (NUMERO 12.)

## REFLECSIONES

SOBRE

### LA VERDAD DESNUDA.

(CONTINUACION.)

Creemos haber demostrado la equivocacion que ha padecido D. A. J. Irisarri, esperando promover la utilidad de los pueblos sud-americanos por medio de escritos incendiarios, que, influyendo en la produccion de grandes é instantáneos trastornos, puedan dar lugar de un tiro á un nuevo orden de cosas. Hemos insinuado la idea de la necesidad de trabajar en union de los gobiernos actuales, para ir preparando lentamente las naciones al goce ilustrado de sus derechos, y á la práctica natural y segura de sus deberes. En fin, hemos preguntado si mudando enteramente el estado actual de las cosas, como parece desearlo D. A. J. Irisarri, seria posible sustituirle otro que lo valga. Al paso que alimentamos la esperanza de que el redactor de la *Verdad Desnuda* no se desdeñe de contestar nuestra pregunta y aclarar la cuestion, nos adelantamos en tratarla.

Cuando se haya ejecutado en idea una nueva revolucion en el Perú; la que en realidad está muy distante de lo que es probable; y que no se trate mas que de confiar con la imaginacion las riendas del estado á un ciudadano, que no solo merezca por sus luces y patriotismo dirigir con ellas los negocios públicos, sino que tenga el pulso bastantemente fuerte para no dejárselas arrancar al momento mismo, por otro que, sin poseer su mérito y sus virtudes, posea mas elementos materiales de influjo y poder, y pueda disponer de un mayor número de fautores y amigos; ¿estamos seguros de que la imaginacion nos falte para llegar á fuerza de suposiciones é ideas, aunque fuesen faltas de verisimilitud y fundamento, á una combinacion de datos bastantemente satisfactorios para conducirnos á la eleccion de una persona que pueda autorizar el deseo de una mudanza? No negamos que en el seno de la misma *Restauracion* se hallen individuos muy dignos, por todos los motivos, de la consideracion y el respeto del público. Mas, estamos equivocados, si á cada uno de ellos no falta alguna de las calidades que deben juzgarse indispensables para que el lado de la balanza se incline á su favor, de un modo evidente. El uno no tiene la edad que la ley exige: el otro no ha tenido todavia el tiempo necesario para adquirir un gran nombre: á este falta la energía: á aquel la prudencia y el espíritu de conciliacion; á todos en fin la voluntad y una disposicion decidida á entregarse de un todo, en el mas difícil y peligroso de los puestos, al servicio del

estado. No dirijimos estas reflexiones á D. A. J. Irisarri, porque no ignoramos que entre todos los posibles que es permitido imaginar y sujetar al ecsamen imparcial de los amigos del pais, el de que el mando se transfiera de la mano de un restaurador á la de otro, es el único que el redactor de la *Verdad Desnuda* no puede, aunque lo quiera, [sin dñda por una natural y muy sencilla antipatia] admitir como útil. Mas hemos querido indicar esta ipotesis en nuestro discurso, para simplificar la cuestion, y poder llegar metódicamente al ecsamen del único posible que, en el modo de ver de D. A. J. Irisarri, es capaz de mejorar la suerte del pais.

Nuestros lectores, á buen seguro, nos han adivinado: queremos hablar de la *Confederacion*. Mas, para ecsaminar si el orden de cosas enlazado con esta divisa, y con los hombres que la llevan, pudiera reemplazar en el Perú las ideas y cosas politicas actualmente establecidas en él, en el caso de que llegasen estas á perder su influjo y caerse; es preciso conocer el mérito primitivo de aquel, el crédito que adquirió en el tiempo que todo le fué favorable, y el de que goza en este momento.

Con dificultad nos podemos persuadir de que este sistema, malamente imitado de los modelos de esta clase que ofrece la Europa y la America del Norte, haya podido nunca merecer la aprobacion de D. A. J. Irisarri; ni que en los primeros dias de su débil y monstruosa existencia política, aquel hombre de tantas luces haya podido augurarle alguna vez un écsito feliz. Se habian visto federados Estados pequeños, y obligados á hermanarse por algun grande motivo de seguridad y bienestar comun; [\*] mas, dos grandes Repúbli-

(\*) Consúltese la historia, y se verá que la federacion de los pueblos que se han ilustrado, ha tenido siempre algun objeto de la mayor importancia que la ha hecho indispensable. ¿Qué hubieran hecho las pequeñas repúblicas de la Grecia para resistir los ejércitos infinitos y el poder ilimitado del *Gran Rey*, si no se hubiesen confederado? Si los Iberos, los Galos y los Germanos no hubiesen sido pueblos confederados ¿como hubieran podido sostener tan largo tiempo los ataques de los Romanos? Los Suevos, los Francos, los Alemanes, los Burguiñones ¿como hubieran podido acabar con el Imperio, si no hubiesen formado cada uno de estos pueblos una confederacion? Y en tiempos menos antiguos ¿no fue siempre la irresistible necesidad, que formó las confederaciones feudales de Italia y Alemania? ¿No fueron pueblos que no podian vivir sin libertad de conciencia, los que obligaron á Carlos V á conceder la paz de Passau? La liga de los Provincias Unidas contra Felipe II, ¿no es otra prueba de la verdad que queremos demostrar! Y en fin, ¿qué prueba pudiera alegarse de ella mas brillante que la confederacion norte-americana? "Mientras duró la guerra con la madre patria, dice Tocqueville, la urjencia hizo prevalecer el principio de la union. Mas, concluida la paz, pareció resolverse el Estado repentinamente." Y si despues, por obra de Washington y otros grandes, la confederacion se estableció para siempre de un modo tan admirable, esto



cas, con una poblacion demasiado pequeña, esparcida en un territorio inmenso, que no tenían ninguna razon poderosa para juntarse en un solo cuerpo y con intereses variados y á veces opuestos sujetarse á la misma ley; ¿quien hubiera podido concebir la idea de federarlas, sin demasiada confianza en si mismo, y mucha falta de talento y saber? ¿Qué gobierno hubiera podido tener dentro el mismo compas los extremos de estas dos Repúblicas; distribuir igualmente su vijilancia y su poder en todos los puntos de un cuerpo tan vasto, y con brazos tan cortos abarcar una tan grande estension? Mas facilmente un mono ó un enano hubiera abrazado la columna Trajana.

Nos parece probable que D. A. J. Irisarri no se ha inclinado a favor de la *Confederacion*, sido despues de su caida. Lo que ha debido suceder asi por aquel principio de nobleza, tan propio de las almas jenerosas, que las inclina á favor del infortunio.

Mas, no se crea que la caida de la *Confederacion* haya sido solo un resultado de su falta de conveniencia, con relacion á los pueblos para los que se quiso establecerla. Porque, si los hombres que se pusieron á su cabeza, hubieran sabido aprovecharse de todos los elementos de fuerza y poder que estaban á su disposicion, aquella forma de gobierno se hubiera sostenido algun tiempo mas, aunque no hubiese sido conveniente á los pueblos; ni este hubiera sido el único ejemplo de malos gobiernos en oposicion con todas las circunstancias de un pais, y sin embargo existentes por obra de la violencia.

Se puede decir que el gobierno de la *Confederacion* habia sido demasiado feliz. El jefe que la dirijió entró en un empeño tan árduo con antecedentes muy favorables. Amigos adentro y afuera: hombres de luces y valor al rededor de su persona: un pais dispuesto a secundarlo en sus empresas: un tesoro abundante: un ejército numeroso; todo parecia deberle llevar en el curso de sus operaciones hácia el éxito mas brillante. ¿Cual fué el uso que el hizo de tantos elementos y medios de fortuna? ¿Como empleó á los individuos que tenia á su servicio? Al soldado lo puso de marinero; al gacetero de estadista; de un Judas charlatan quiso hacer un Juan predicador; esperó de una decrepita reputacion los prodijios de un valor naciente; y empleó á enemigos conocidos donde necesitaba los amigos mas seguros. A si mismo no se conoció como debia. Creyó que basta siempre aparentar para iludir: los hechos le derribaron al suelo, é hicieron perder todo su crédito; ¿qué pudo haberle quedado para con-

---

pudo obtenerse solamente demostrando á los norte-americanos la absoluta necesidad de hacerlo, en medio de las circunstancias de su pais, y las inmensas ventajas que podian esperar de aquella forma de gobierno, tanto para hacer frente á las naciones indianas, como para pagar los réditos devengados de las deudas contraidas durante la guerra de la independenciam. Estos pueblos debian unirse; y podian hacerlo; porque ya eran pueblos, cada uno separadamente; organizados y educados para la libertad; numerosos, aunque pequeños; cercanos cuanto era necesario para ser unidos. Y en fin, estos pueblos se hermanaron federativamente para formar en realidad una gran República, y no para servir de pretesto con su union a la creacion de un Imperio. Concédase algun desarrollo a las pocas ideas que acabamos de indicar, y díjase despues si ha podido concebirse nunca una idea tan descabellada, como la de la *Confederacion Perú-Boliviana*.

servar la esperanza de realizarse?

Ni solamente puede decirse que la *Confederacion* cayó para siempre; sino que es preciso convenir que en su misma desgracia ha tenido que sufrir todos los tormentos del deshonor y la ridiculez. ¿Quién hubiera previsto que debia perecer por obra del valor, en manos de enemigos despreciados, á quienes quiso dañar por medio del engaño; y que su orgullosa existencia debia terminar sin que la ilustrase un solo acto glorioso? ¿Qué rasgos de heroismo justificaron la lejon de honor, y el código Santa-Cruz?

Aun ahora, nos parece que en su actual posicion el jefe abatido de aquel tan malhadado sistema, no se halla revestido de aquella especie de dignidad que conviene á los grandes en la desgracia. Hubieramos admirado menos á Dionisio en la corte de un reyezillo que antes de su caida le hubiese hecho la guerra, de lo que todos le han admirado en medio de sus discípulos, en su modesta escuela de Corinto.

Y por ultimo, nos atreveriamos casi á decir que el modo con que le ha defendido D. A. J. Irisarri, muy lejos de haberle cobrado favor, le ha sido sumamente perjudicial. No se defiende á un hombre, atacando á sus enemigos. Para defenderlo de las imputaciones que se le pueden hacer, es preciso justificarle directamente. Si quien debe hacerlo, no lo hace; se concede como cierta la imposibilidad de hacerlo.

¿Qué hay pues que esperar en el Perú á favor de la *Confederacion*, y de los hombres que figuraron como sus jefes? ¿No han perdido todo su crédito político y militar? ¿Quién no supo sostenerse en la cumbre de su poder y felicidad, ¿podrá hacerse respetable despues de una caida vergonzosa? ¿No hubiera suficiente razon para temer que el pueblo dijese de ellos lo que se quisiera aplicar á otros, en circunstancias todas opuestas: Estos son los estúpidos y los malvados? ¿Qué culpa puede haber tan grande; qué demérito tan imperdonable, como el haber trabajado á su propia ruina por falta de talento y enerjia; el haberse dejado escapar de las manos, la ocasion mas feliz para el logro de sus fines, la fortuna mas brillante y favorable que sea posible y permitido desear? Nadie diria lo mismo de San Martin, Rivadavia, Pinto y algunos otros; y sin embargo ¿quien pudiera creer á los pueblos capaces de volver á entusiasmarse en su favor? Hay un tiempo, un tiempo solo para que se hagan populares la admiracion y el entusiasmo que merecen el ingenio y la bravura; únicamente la razon y la virtud pueden encontrar siempre abierto el corazón de los hombres, é inspirarles siempre el mismo entusiasmo.

El posible de la *Confederacion*, no es, pues, aquel que pudiera sustituirse con buen éxito, al actual estado político del Perú. Es probable que D. A. J. Irisarri piense como nosotros y como todos los hombres que piensan, acerca de este punto. En este caso, ¿cual podrá ser la esperanza patriótica que él nutre? ¿Cual será el verdadero objeto político de la *Verdad Desnuda*? ¿O no tendrá este periódico objeto alguno, y su redactor escribe solo al acaso, y para satisfacer una pasion ciega de criticar, y satirizar todo lo que le parece suscep-



tible de crítica y de sátira? ¡O este distinguido escritor tiene solo por objeto, publicando sus obras, el darnos con ellas un ejemplo de estilo y lenguaje que merezca servirnos de modelo? Es lo único que nos es dado suponer.

(Continuará)



### UNA PROCESION DE VIERNES SANTO.

Ayer à las cinco y media de la tarde, se cumplió el año de la hora del día, en que; hallandome por una rara combinacion sobre la falda de una montaña, cuya base está à una altura del nivel del mar casi como la del pico de Tenerife; me asomé a uno de los dos balcones del cadente y melancólico palacio de la difunta Audiencia; el cual a pesar de haber tenido la honra de alojar sucesivamente à los dos Presidentes de la República, se hallaba entonces enteramente desierto, por haber parecido demasiado angosto, é indigno de volver à servir de habitacion al mas ilustre de ellos, despues de concluido su heroico-poético-filosòfico-aereo paseo; y acomodado en una de las veinte silletas norteamericanas, que en compañía de tres pequeños sofaes y dos mesitas formán todo el adorno y ajuar de aquella casa ó palacio, que poco importa el título que mas merece; ahora echaba la vista sobre la plaza cuadrangular que tenia debajo de mis pies, con su hermosa Catedral à la derecha, y su linda pila en el centro; ahora la estendia à toda la ciudad, con sus puentes y quebradas; ahora la llevaba mas allá hasta las verdes pampas del vallo; y ahora la fijaba estático sobre la majestad de los Andes y las nieves eternas del Antisana y del Cayambre. La tormenta del mediodia con sus horribos truenos y deslumbrantes relámpagos habia cesado: los torrentes y lagunas con que se habian llenado las calles repentinamente, habian desaparecido: el viento no soplaba sino para refrescar un aire tan puro como la luz: no habia quedado ni la menor traza de las densas nubes que habian tenido por algun tiempo la atmosfera obscurecida, pocas horas antes; y la vista del cielo, en cuyo azul brillaban ya algunas estrellas, aunque el sol estuviese todavia sobre el horizonte, era tan clara que casi me parecia habitarlo. El hormiguero de miles y miles de indios de ambos sexos, vestidos de todos los colores del Iris, que formaban en los varios puntos de la plaza una infinidad de grupos pintorescos y variados, y hacian subir hasta mis oidos un murmullo semejante al sordo surrido de las abejas, cuando se juntan al rededor de su rey,

*Magnisque vocant clamoribus hostem,*

llamó, por ultimo, toda mi atencion. La abyecta postridad del pueblo de Athahualpa, olvidada de las fiestas del sol, estaba aguardando la noche, y con ella las *almas santas*, los misterios, los frailes, las *yapangas*, y el Señor, y la Virgen, y los judios, y los soldados, y todo lo demás que se disponia en la iglesia de Santo Domingo, para poder recorrer en orden relijioso, con la debida solemnidad, las calles principales de la antigua y moderna ciudad de los Incas, delante de los cincuenta mil individuos de toda clase que la habitan.

Desde seis años se habia suspendido esta santa procesion, que sin duda es una de las mas curiosas que se hacen en toda la cristiandad. Por mi fortuna yo estaba destinado à presenciaria; y por tanto, en fuerza de los argumentos de Leibnicio que prueban la harmonía preestablecida, tuvo necesariamente que suceder que un estadista del rey Luis Felipe empeñase todo su crédito con la amable Señora del muy poderoso Señor de todas las *almas santas* y procesiones de la linea equinocial, para que se repitiese otra vez en aquel año el interesante drama que yo trato ahora de describir; y así ni la Francia quedase privada de la relacion que debia hacerse de él en los cerros del Pinchincha al Ministro de Relaciones Exteriores de Paris; ni yo de la ventaja de poder llenar una ó dos columnas vacias de *El Amigo del Pueblo* con una *Procesion del Viernes Santo*.

A las ocho de la noche, las cruces de avanzada se habian asomado al esquinazo de la Catedral; y luego despues, empezaron à avanzarse lentamente dos lineas de *almas santas*, que dejaban entre sí suficiente lugar para los misterios y las varias piezas de la procesion, que se iban siguiendo à pequeña distancia. Cada una de las *almas*, cuyo número pasaba de ciento, iba vestida con una ropa blanca que con su capucho le cubria toda la cara, dejando solo una breve apertura à la linea visual; y llevaba sobre la cabeza una mitra ó corozca ó capirote ó cucurucho, llámelo cada uno como quiera, de papel engrudado ó carton ó cualquiera otra materia que no sè, de dos de tres y hasta de diez y mas varas de alto, cuyo color forma y adornos se variaban al infinito. Algunas de ellas marchaban con mucho trabajo, por el peso del gorro y la dificultad de tenerlo en equilibrio: otras se avanzaban con facilidad y soltura, dando así indicio de estar ejercitadas en aquella prueba; mas à ninguna se le cayó al suelo el dicho cucurucho ó mitra, por alta que fuese; lo que me hizo maliciar que debia hallarse atada à la cabeza de la *alma santa*, como la inmortal celada del ingenioso hidalgo de la mancha à la del héroe que la llevaba. Entre los misterios que procedian en medio de las *almas*; algunos llevados à manos y otros en andas, observé los clavos, la corona, el caliz, la lanza, el pañuelo, la cruz, y otras muchas alusiones à la historia evangélica que las varias cofradias se habian encargado conducir. Empezaron despues las séries interminables de Franciscos, Agustinos, Dominicos y Mercenarios, que todos podian llegar al número de quinientos, cuya mitad por lo menos eran padres muy relacionados en la ciudad. A estos se seguian los colejiales, que eran mas de ciento, tan bien aderezado cada uno con su hábito talar, color café molido, y su lindo gorro cuadrado, y su bonita beca, que parecian todos otros tantos pequeños doctores; y despues los verdaderos y completos doctores de las cuatro facultades; teológica, canónica, jurística, y medicinal [no me acuerdo haber visto à la muerte]; y despues las *yapangas* que eran como doscientas preciosas plebeitas, vestidas con mucho aseo y medio tãpaditas, de aquellas que nunca llevan zapatos, y son criadas ó mantenidas o distraidas; y llevaban todas su cirio



en la mano, como de costumbre; lo mismo que todos los personajes de mas arriba; circunstancia que habia olvidado, dejando casi á oscuras la procesion. De trecho en trecho se veia una ú otra estatua de madera, de santo ó de vírjen, capaz de dar una idea de los grandes progresos que ha hecho la escultura entre los indios de Rumipampa. He olvidado el lugar que ocupaban las altas dignidades eclesiásticas y los majistrados judiciales. Mas ¿quién hubiera podido olvidar á las magníficas señoras que seguian á las *yapangas*, resplandecientes de diamantes y oro? Estas eran muy pocas, porque en aquel año la plaga *miseria* que continúa devastando casi todo este continente, habia llegado hasta lo mas alto de la cordillera. Muy al contrario, los *rotos* ó judios que las seguian; mediando solo entre las unas y los otros el eminente ataud del Señor ya difunto; llegaban al número increíble de ochocientos. Estos infelices que llenaban asi por una pequeña contribucion el deber de todo tendero ó vendedor cualquiera que fuese, de mandar un judio á la procesion, marchaban en masa, y parecian como si se quisiesen esconder y evitar la verguenza de ser judio. Ellos representaban la plebe de aquella desgraciada nacion, que presenció de lejos el suplicio del Redentor, y le siguió hasta el sepulcro. En cuanto al piquete, tambien de judios, que iba al rededor del cuerpo santo, llevaba las armas y lanzas con que suele pintarse. Las Marias seguian las trazas del Cristo. Y en fin, la guarnicion de la ciudad, que llegaba hasta trescientas ó mas plazas, concluia la procesion, llevando cada uno de los jenerales; en jefe, de division ó de brigada; coroneles, mayores, capitanes, oficiales y soldados, cada uno su cirio en la mano.

Confieso que quedé estático. Observé no sé que disposicion y humor en los espectadores que los inclinaba á la risa y á la alegria; lo que me causó un pequeño escandalo. Yo habia considerado siempre semejantes representaciones, cuando no han sido simplificadas y puestas en harmonia con las costumbres y usos del siglo, como juguetes de naciones infantiles, ó sueños de pueblos calenturientos. Conocí entonces, que muy bien habian hecho los patriotas de los años de 1836, 37 y 38, aboliendo en Quito la antigua procesion del Vierre Santo; . . . y que hizo muy mal el Señor de las *almas santas* haciendo revivir para dar gusto a un estadista.

## Medicina casera.

[Continuacion.]

### CAPITULO IV.

#### APLOPEJÍA SANGUÍNEA Y SEROSA.

Los signos de aplopejía son: la privacion repentina del movimiento y del sentido; el enfermo tiene todas las apariencias de la muerte, aunque todavia late el corazon y la respiracion no está interrumpida.

En la aplopejía *sanguínea*, la cara está colorada, las venas gruesas, los ojos medio abiertos y saliendose del casco, y el pulso muy fuerte.

En la aplopejía *serosa*, la cara no está tan encendida, algunas veces está pálida, y el pulso no es tan fuerte. Por lo demas, todos los otros signos son casi los mismos.

Asi pues conviene conducirse de la manera siguiente, lo mismo en la aplopejía sanguínea, que en la aplopejía serosa.

Cuando una persona caiga de aplopejía, es necesario aflojarle todos sus vestidos, y quitarle todos los que puedan estorbar la respiracion; sentarla de modo que su cabeza esté elevada, y las piernas colgando, mojarle la cabeza con agua muy fria, en la cual se pondra á derretir si se puede, nieve ó hielo; se le pondrán cuarenta sanguijuelas al derredor del cuello, y al mismo tiempo veinte en cada empeine del pie; cuando las sanguijuelas se caigan, se meterán los pies por espacio de una hora en una vasija llena de agua caliente; y luego que el enfermo pueda beber se le hará tomar una infusion lijera de té.

### CAPITULO V.

#### PERLESIA.

La perlesía es la pérdida del sentido y movimiento, ó solo de una de estas funciones, en una ó muchas partes del cuerpo, y algunas veces en su totalidad.

#### PERLESIA JENERAL.

La perlesía jeneral, es decir, la de todo el cuerpo, como casi siempre es la consecuencia de la aplopejía, se deberá hacer lo mismo que se ha indicado en el capítulo *aplopejía*.

#### PERLESIA DE LA LENGUA.

La perlesía afecta muchas veces la lengua, y como esta parte del cuerpo hace mucha falta para comer, y para comunicarnos en la conversacion con las personas que nos rodean, se deberá tratar de curar esta enfermedad lo mas pronto que se pueda.

Asi pues, es menester, desde que uno se perciba que la lengua está paralizada, echar una cucharada de harina de mostaza en medio vaso de aguardiente y hacer gárgaras con esta mezcla de cuarto en cuarto de hora.

Se echarán unas lavativas de agua caliente, y en cada lavativa se echará una cucharada de aceite de olivas y otra de miel.

Ultimamente, se tomará un baño de pies de veinte minutos en agua caliente donde se habra echado un puñado de harina de mostaza.

#### PERLESIA DEL CUELLO.

Cuando el cuello está paralizado, la cabeza se cae naturalmente sobre el pecho sin que el enfermo pueda levantarla. Como en este caso, el paso del aire podria ser muy dificultoso, impedir la respiracion, sofocar al enfermo, y aun causarle la muerte, será necesario para remediar á estos accidentes, acostar boca arriba la persona paralizada, y mantenerle la cabeza, sin levantarla, de modo que no pueda rodar ni á derecha ni á izquierda. Para haerla tragar alguna cosa, se tendrá cuidado de sentarla encima de la cama, y de tenerle la cabeza derecha, para lo cual se le sostendrá con una mano por debajo de la barba, y con otra por detras de la cabeza.

#### PERLESIA DE LA MITAD DEL CUERPO Y DE LAS PIERNAS

La perlesía de la mitad del cuerpo ó de las piernas, no necesita ningun socorro pronto.

(Continuará.)